

ISLAS LEGENDARIAS (II)*

Marcos Martínez Hernández
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

En mi colaboración he pretendido abordar la temática de las islas legendarias, que definimos como islas reales de difícil identificación, en la historia y literatura, diferenciándolas de otros tipos como las utópicas, las míticas o las fantasmas. Hacemos el estudio de una selección de estas islas ubicadas en el Océano Atlántico (las más numerosas), en el Océano Índico, en el Mar Mediterráneo, Mar Negro y Mar Báltico.

PALABRAS CLAVE: Islas. Clases de islas. Islas legendarias. Fuentes griegas. Fuentes latinas. Océano Atlántico. Océano Índico. Otros mares.

ABSTRACT

«Legendary Islands (II)». This contribution deals with the topic of legendary islands as dealt with in history and literature. Legendary islands, defined as real islands which are difficult to identify, are distinguished from those labelled “utopian”, “mythical” or “phantom”. A selection of these islands, belonging to the Atlantic Ocean (for the most part), the Indian Ocean, the Mediterranean Sea, the Black Sea, and the Baltic Sea, will be considered.

KEY WORDS: Islands. Island names. Legendary islands. Greek sources. Latin sources. Atlantic Ocean. Indian Ocean. Others Seas.

OCÉANO ÍNDICO

5. Hasta aquí hemos hecho una descripción, más o menos minuciosa, de las principales islas legendarias del océano Atlántico. La razón fundamental es que se trata de un océano muy mitologizado y legendario, desde la Antigüedad hasta después de los descubrimientos colombinos. Por otra parte, es el Océano que baña a los archipiélagos macaronésicos, entre ellos el de Canarias, y es ésta otra razón de peso para habernos extendido en unas islas legendarias, muchas de las cuales se relacionan con las nuestras. Pero, dada la extensión que ha adquirido ya nuestra colaboración para este Homenaje, en el resto de las islas legendarias que nos quedan por mencionar y describir vamos a ser muy breves, limitándonos a los datos más imprescindibles para su conocimiento y localización. El siguiente grupo más numeroso de este tipo de islas se ubica en el otro gran Océano de la Antigüedad: el Índico. El mejor estudio de las islas de este Océano es el de J. Gil (1995), que se puede completar con otro suyo (1989). De este océano hemos seleccionado las siguientes islas legendarias, expuestas aquí también en orden alfabético:

Argire. Propiamente significa “isla de la plata” y, en general, viene asociada a su compañera *Crise* o *Crisa* “isla de oro”, ambas citadas en la Antigüedad en autores como Estrabón, Mela, Plinio, Solino, Isidoro de Sevilla, etc., con datos muy vagos e imprecisos a la hora de localizarlas. Ambas islas son también citadas en el Medio Evo en autores como Vicente de Beauvais, Bartolomé el Inglés, Juan Boccaccio o Domenico Silvestri. Véase, por ejemplo, lo que dice éste último, un humanista de 1335 a 1411, autor del primer islario conocido, titulado *De insulis et earum proprietatibus* editado y traducido por J. M. Montesdeoca (2000):

La isla *Argire* está situada en el mar Índico, a la vista de la desembocadura del río Ganges o del Indo, según escribe Solino. Es rica en plata, de modo que se dice que su suelo es de plata. Abundan además árboles cuyas hojas nunca caen. Está cercana a *Crisa* (trad. de J. M. Montesdeoca, 2000: 55).

Para la problemática de esta isla y la de *Crise* cf. J. Gil, “Las islas ricas de oro y ricas de plata”, en J. Gil (1989, vol. II, pp. 126-135) y J. Gil (1995: 158-168). Para la identificación de *Argire* se han propuesto las actuales Sumatra y Araka.

Carbuncló, isla del. Es otra isla de la India cuya historia ha trazado magistralmente J. Gil (1995: 168-173). Se trata de una isla que pasa a los anales de la historia por su rica pedrería. Esta isla tiene un antecedente clásico en lo que dice Plinio (*Historia Natural*, XXXVII, 107-8) de la isla Topazon del mar Rojo, en la que sólo había topacios en lugar de hierbas y raíces. La isla del carbuncló debe su descubrimiento al portugués Bernardino de Sousa y se relaciona con la isla de Terrenate, en la que no había fuego, por lo que sus habitantes comían todo crudo. De noche les daban luz unas piedras luminosas que llevaban en su cabeza unos insectos. Otros autores posteriores, como Nicolás Nunes y Gonzalo Pereira, añadieron más detalles a la isla misteriosa y a sus leyendas, todas bien explicadas por el profesor Gil en el trabajo citado.

Célebes. Grupo de islas de la India cuya descripción debemos a autores portugueses y cuya historia ha sido muy bien resumida por J. Gil (1995: 173-175). Son islas de tipo paradisíaco en las que sus habitantes vivían muy saludables, sin ninguna enfermedad y ricas en oro, que el profesor J. Gil identifica con alguna de las islas Palaos.

Cipango. Es una isla del lejano Oriente que siempre se asoció con Japón y que aparece siempre en la órbita de los descubrimientos colombinos. El tema de

* La amplitud del estudio «Islas legendarias» ha obligado a publicarlo en dos partes: ésta que aquí se publica es la segunda parte; la primera se encuentra en el libro de Homenaje al Dr. D. Francisco González Luis.

las islas y su importancia en el proyecto de Cristóbal Colón para llevar a cabo su descubrimiento ha sido muy bien analizado últimamente por E. Martín Acosta (2006), que habla incluso “del mito que guió a Colón”. Uno de los relatos que, al parecer, pudo influir más en la gesta colombina debió de ser el libro del veneciano Marco Polo (1254-1324), el famoso *Il Milione* o *Los viajes de Marco Polo*, también llamado *Descripción del mundo*. Parece ser que Colón tuvo en su poder un ejemplar de este libro que aún se conserva con abundantes notas marginales, que ha sido rescatado y editado de nuevo por J. Gil, *El libro de Marco Polo*, ed. Alianza, Madrid, 1992, en cuya página 136 se encuentra esta glosa sobre nuestra isla:

La isla de Cipango situada a Levante, a unas mil quinientas millas de la tierra en alta mar, es muy grande y sus habitantes son blancos, de buenas maneras y hermosos. Tienen oro en abundancia, de tal forma que existe un gran palacio todo cubierto de oro fino, con los pisos de sus salones también cubiertos de una capa de oro fino de un espesor de más de dos dedos. Todas las demás partes del palacio, salas, alféizares, todo está cuajado de oro. Tienen perlas en abundancia, de un suave rosa, preciosas, redondas y muy gruesas. Son de tanto valor como las blancas. Es una isla muy rica, de riqueza incalculable.

La cita la reproducimos del trabajo de E. Martín (2006: 560). Para la relación Cipango-Japón *cf.* también el trabajo de Chet van Duzer (2006: 147-148).

Crise / Crisa. Etimológicamente significa “isla de oro” y debe ponerse en relación con su paralela *Argire* “isla de la plata” que vimos más arriba. Aparece en los mismos autores que vimos en el caso de *Argire*. Mela (III, 70), por ejemplo, las menciona así:

Frente al Tamo está la isla Crise; frente al Ganges, Argire; una de suelo de oro –así lo transmiten los antiguos–, la otra de plata y, según parece principalmente, o su denominación procede de este hecho o la leyenda de su nombre.

Casi igual explicación ofrece Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, XIV, 6, 11):

Crise y Argire son islas que se encuentran en el océano Índico. Son tan abundantes en metales, que la mayor parte de ellas, según se dice, presenta una superficie dorada y plateada. Y ahí les viene el nombre.

Crise se ha identificado con la península de Malaca. En el famoso globo terráqueo del navegante-astrónomo y geógrafo Martin Behaim (1459-1507), el más antiguo que se conoce, aparece una isla *Crisos* cerca de Cipango y otra *Algiros* aledaña al mar de China. Las islas del oro y la plata fueron buscadas insistentemente por conquistadores portugueses y españoles, tanto en el continente americano, como en las islas del Pacífico (*cf.* J. Gil, 1989: 126-147 y 1995: 158-168).

Islas de los quelonófagos. Literalmente significan “islas de los comedores de tortugas”. Se trata de unas islas que describe Diodoro de Sicilia (*Biblioteca históri-*



ca, III, 21), donde hablando de curiosos pueblos de la India (como los *ictiófagos*, “comedores de peces”) cita lo siguiente:

Nos es obligado hablar también sobre los llamados «quelonófagos», sobre la manera en que tienen su completo modo de vida: Hay unas islas por el océano, situadas cerca de tierra, muchas en cantidad pero pequeñas en tamaño y bajas, sin fruto ni cultivado ni silvestre. Entre ellas no se producen olas a causa de su espesura, quebrado el oleaje alrededor de los cabos de las islas; y una gran cantidad de tortugas marinas permanece alrededor de esos lugares, huyendo de todas partes hacia la protección de la calma. Ellas permanecen por las noches en el fondo ocupadas en su alimentación y, por el día, frecuentando el mar de en medio de las islas, se duermen sobresaliendo con las conchas al sol, produciendo un aspecto semejante a barcas volcadas; son desmesuradas de tamaño y no más pequeñas que los botes de pesca más pequeños. Y los bárbaros que habitan las islas nadan mansamente en tal ocasión hacia las tortugas; tras aproximarse por cada parte, los unos las empujan y los otros las elevan hasta que el animal se vuelva de espaldas. Después, los de cada parte gobiernan la masa entera para que el animal, dando la vuelta y nadando, no huya hacia las profundidades con ayuda de la naturaleza; uno, sostiene un cabo largo, lo ata a la cola y nada hacia tierra y tira conduciendo el animal a suelo firme, acompañándolo quienes hicieron el ataque desde un principio. Y cuando la llevan a la isla, se dan un festín tras cocer al sol breve tiempo todo lo de dentro y, como las conchas son escafoides, las utilizan para la travesía hacia el continente, que realizan por aguada, y para las cabañas, colocadas boca abajo sobre lugares elevados, de modo que parece que la naturaleza les ha regalado muchas utilidades con un solo don: la misma les es alimento, recipiente, casa y barco.

Estos “quelonófagos” se citan en otros autores. Agatárquides de Cnido (s. II a. C.), en su periplo *Sobre el mar Eritreo* (47), cuenta lo referente a los habitantes de estas islas y a su modo especial de alimentarse (cf. el texto de García Moreno - Gómez Espelósín, 1996: 188-190). Plinio (*Historia Natural*, VI, 87-91) refiere una Isla del Sol en la India, cuyos habitantes “encuentran placer también en la pesca, sobre todo en la de la tortuga, con cuyo caparazón se cobijan las familias que allí habitan”. El fenómeno de alimentarse de tortugas lo refiere también Claudio Eliano (s. II d. C.), pero en la isla Tapróbana que es otra isla legendaria índica, de la que hablaremos más abajo (*Historia de los animales*, XVI, 17). En relación con la localización de estas islas de los quelonófagos se han hecho varias propuestas: unos hablan del extremo meridional del Mar Rojo y otros de Carmania, en el Irán actual, es decir, tanto al este como al oeste de la India.

Jocath / Lochac / Laach. Se trata de otra isla de la India descrita y explicada por J. Gil (1995: 162), en la que también se suponía que había oro, razón por la que fue muy buscada. Al parecer, según el profesor Gil, se trataba en principio de una región que luego fue convertida en isla, con gran cantidad de oro, elefantes y caracolutos de mar. Tiene que ver también con *Ofir*, que veremos en seguida.

Malaca. En principio fue un gran emporio comercial ubicado en una parte de la isla de Sumatra, que en el siglo XVI adquirió gran relevancia por ser el centro



de donde partían las expediciones en busca de la famosa “isla del oro”, de las que una de las principales fue la del portugués Diego Pacheco en 1517, contada por el cronista Juan de Barros (*Asia*, III, 3. 3). Estos y otros muchos detalles sobre esta comarca insular los expone perfectamente J. Gil (1995: 159 y ss.).

Ofir. En principio es un puerto o región mencionada en la Biblia (*Reyes, Crónicas, Job, Salmos, Isaías*, etc.) que fue famosa por su riqueza. Se creía que el rey Salomón recibía cada tres años un cargamento de oro, plata, sándalo, piedras preciosas, marfil, monos y pavos reales de Ofir. Muchos estudiosos de la Biblia, entre los que destacan los arqueólogos, han intentado determinar la localización exacta de la Ofir bíblica, sin conseguirlo. Se ha pensado que pudo haber estado en el suroeste de Arabia, en la región del actual Yemen, o en la costa africana del Mar Rojo, en la desembocadura del Río Indo, o en el río indio Dophen (como había propuesto el historiador judío Flavio Josefo) y, después de la llegada de Colón a América, incluso en lugares como Perú. Precisamente, en el siglo XVI se comenzó a identificar la isla del Oro con Ofir. Se decía que no lejos del Maluco, y próximos al ecuador, había unas islas cuya arena era oro, según escribió en 1526 el famoso cronista Pedro Mártir de Anglería, noticia que coincide con la de M. Fernández Enciso (*Suma de Geografía*, 1530), quien sostiene taxativamente que Ofir es la isla de Jocat, “adonde ay mucho oro en abundancia”. A partir de entonces se busca insistentemente una isla Ofir, rica en oro, en la parte de la India, cuya historia y seguimiento ha trazado perfectamente J. Gil (1995: 162-167). Se habló tanto de una isla del Oro “que pasó a convertirse en un tópico literario” (*op. cit.* p. 167). Para otros detalles, véase también el capítulo “Ofir, salvación de la Monarquía”, del libro de J. Gil (1989: 216-257).

Ogiris. Isla que se menciona en la *Descripción* (vv. 159 y ss., 608-610) de Dionisio Periegeta, que la describe como una isla de la India en estos términos:

Se encuentra más lejos fuera de la punta de Carmania, Ogiris, donde se encuentra la tumba del rey Eritreo; desde la que podrías atravesar hasta la entrada del mar de Pérsida (García Moreno - Gómez Espelósín, 1996: 388).

Para muchos estudiosos se trataría de la isla de Ormuz.

Tapróbana / Taprobane. Indudablemente es la isla legendaria más importante del Océano Índico y la que más referencias tiene en los textos griegos y latinos, pareciéndose en este aspecto a la isla Tule del Océano Atlántico. Se trata indudablemente de una isla real, pero rodeada de tanta idealización y cosas maravillosas y extraordinarias que algunos autores terminan por considerarla una isla imaginaria, como hacen Manguel - Guadalupi (1992), que en su *Guía de lugares imaginarios* (p. 434) la describen sólo como una isla en la que habita una extraña serpiente llamada *anfísbena* y que en ella está la célebre Ciudad del Sol. Pero Tapróbana tiene una larga historia entre los geógrafos e historiadores, tanto antiguos como medievales y modernos. Antes de las campañas de Alejandro Magno por la India (327-325 a. C.)

no se había hecho ninguna mención de esta isla o, al menos, no nos ha llegado. Pero su existencia había sido conocida desde época anterior, ya que Plinio (*Historia Natural*, VI, 81) nos advierte de que desde muy antiguo se la consideraba “otro mundo” por su apelativo de Antíctones, es decir, “tierra opuesta a la nuestra”, lo que posteriormente también llamamos “antípodas”:

Tapróbane se ha pensado durante mucho tiempo que era otro mundo, por su apelativo de Antíctones. La época de Alejandro Magno y sus hazañas demostraron claramente que era una isla. Onesícrito, almirante de su flota, escribió que allí nacían elefantes mayores y más belicosos que los de la India. Megástenes dijo que estaba dividida en dos por un río, que los habitantes se llamaban paleógonos y que eran más ricos que los indios en oro y perlas de gran tamaño.

Eratóstenes nos informó incluso de sus dimensiones: siete mil estadios de longitud y cinco mil de anchura, y de que no hay ciudades, sino setecientas cincuenta aldeas (trad. de M^a Luisa Arribas).

Así que las primeras noticias de Tapróbana se las debemos a autores como Onesícrito (s. IV a. C.), Megastenes (s. IV-III a. C.) y Eratóstenes (s. III a. C.), a los que siguen autores como Estrabón, Mela, Plinio, Ptolomeo, Solino, Orosio, Cosmas Indicopleustes, Dionisio Periegeta, Isidoro de Sevilla y Pedro d' Ailly, por citar sólo unos pocos de los más importantes. Veamos algunas de las cosas que dicen estos autores de nuestra isla. Estrabón (*Geografía*, I, 1, 14) la sitúa en el País productor de Canela y nos ofrece su situación geográfica y extensión:

Pasemos, pues, a la zona que se encuentra a la altura del País Productor de Canela y está situada en el mismo paralelo, hacia Oriente: se trata de la región de Taprobane. Acerca de ésta, existe la firme creencia de que es una isla en pleno mar, situada ante la costa de la India, hacia el Sur. Se extiende en dirección a Etiopía más de cinco mil estadios, según dicen, y de ella se importa mucho marfil, conchas de tortuga y otros productos a los mercados de la India. Si se supone para esta isla una latitud proporcional a su longitud y se añade el tramo existente entre ella y la India, resultaría una distancia de no menos de tres mil estadios (trad. de J. L. García Ramón).

Mela (*Corografía*, III, 70) tiene dudas de si se trata de una isla o un lugar de otro orbe: “Taprobane o es una isla muy extensa o el primer lugar del otro orbe. Esto se dice con cautela, pero es casi cierto porque está habitada y se cuenta que nadie la ha abordado”. Plinio, en el lugar que hemos citado ya más arriba, es uno de los autores que más detalle nos da, aunque mezcla lo real con lo mítico, por ejemplo, en este pasaje (*Historia Natural*, VI, 89):

Pero ni siquiera Tapróbane, aunque relegada por la naturaleza fuera de nuestro mundo, escapa a nuestros vicios. El oro y la plata también allí alcanzan un elevado precio; tienen en gran estima un mármol semejante a las conchas de las tortugas, las perlas y las piedras preciosas; pero, en conjunto, el cúmulo de nuestros placeres es con mucho superior al suyo: los embajadores de Tapróbane decían que sus recursos eran mayores, pero que entre nosotros había un disfrute mayor de las riquezas.

El alejandrino Ptolomeo (s. II d. C.) la describe en el libro VII, cap. 6 de su *Geografía* y la denomina *Simunden* y *Salike*, éste último sacado del nombre de sus habitantes conocidos bajo el nombre de *Salae*. De los autores antiguos, quien hace la exposición más extensa sobre Tapróbana es, sin lugar a dudas, Solino, en su *Colección de hechos memorables*, 53, relato cuyo comienzo es el siguiente:

Durante largo tiempo, antes de que la audacia humana desplegara su confianza en los mares ya explorados, existió la creencia de que la isla de Tapróbana constituía otro mundo, y en concreto imaginaban que lo habitaban los antíctones. Pero la valentía de Alejandro Magno no toleró que el desconocimiento nacido de una equivocación colectiva se perpetuara, sino que prolongó la gloria de su nombre hasta aquellos remotos lugares. Así pues, destacado Onesícrito, comandante de la flota de Macedonia, nos permitió conocer informaciones exactas sobre este territorio, cuáles eran sus dimensiones, qué cosas producía y de qué modo se hallaba organizado. Tiene una extensión de siete mil estadios de largo y cinco mil de ancho. Está cortada, hacia su mitad, por un río. En realidad, una parte de Tapróbana se encuentra llena de fieras y de elefantes, mucho mayores de los que crecen en la India; la otra parte es ocupada por la población. Abunda en perlas y en toda suerte de gemas. Está situada entre el Oriente y el ocaso. Comienza en el Mar Oriental y es paralela a la India.

Luego continúa Solino diciendo que en esta isla resplandecía una estrella muy grande y luminosa llamada Canopo, que sus gentes superan en talla a todos los hombres, que viven más de cien años, que hay abundancia de árboles frutales, que todos practican la agricultura, son aficionados a la caza, son también pescadores, especialmente de tortugas marinas de gran tamaño, cogen infinidad de perlas, etc. Este texto fue muy leído en los autores posteriores. Orosio (*Historias*, I, 2, 15), por su parte, se limita a decir que Tapróbana “cuenta con diez ciudades”, mientras que Cosmas Indicopleustes (s. VI d. C.), en su *Topographia christiana* (II, 45, 49-50) la presenta como un lugar maravilloso, y rico en metales, contándonos anécdotas de comerciantes como un tal Sóprates. Dionisio Periegeta (*Descripción*, vv. 590 y ss.) insiste sobre todo en los elefantes de la isla y en sus monstruos marinos:

Desde allí, dando la vuelta delante del promontorio meridional, llegarías rápidamente a la gran isla Coliáde, Taprobane, madre de los elefantes nacidos en Asia, por encima de la cual transportada por los torbellinos celestes, da vueltas en círculo en el éter el ígneo Cáncer; ella es la más vasta en extensión; alrededor por todas partes ocupan sus playas monstruos marinos, el ganado del mar eritreo, semejantes a montañas abruptas; y sobre las cimas de su lomo se alza un surco muy alargado de espinos.

La mención de Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, XIV, 6, 12) añade algunos detalles no citados hasta ahora:

Taprobana es una isla de la India situada en dirección sur-este, donde comienza el océano Índico. Se extiende en una longitud de 875 millas y su anchura es de 625.000 estadios. Está dividida por un río que la cruza; se encuentra repleta de perlas y pie-

dras preciosas. Una parte está ocupada por bestias salvajes y elefantes; y la otra, por hombres. Dicen que en esta isla, a lo largo del año, se producen dos veranos y dos inviernos, y la región se cubre dos veces de flores.

De la época humanista debemos mencionar aquí las síntesis de la historia de nuestra isla que hacen Pedro d' Ailly (*Imago Mundi*, 1, 42) y D. Silvestri (*De Insulis*, en la edición de Montesdeoca, 2000: 607-615). Un capítulo muy interesante de nuestra isla es el correspondiente a su cartografía, como han estudiado muy bien A. Abeydeera (1989) y M. Y. Gambin (1989). Entre los primeros mapas que sitúan una isla con el nombre de la nuestra hay que citar a un mapa de Rávena del s. VII, otro inglés de origen anglosajón (que contiene una glosa sobre ella que dice “hay diez ciudades y recoge frutos dos veces por año”), otro correspondiente al Beato de San Severo (s. XI), el famoso mapa de Hereford y el de Ebstorf (s. XIII). Casi todos estos mapas sitúan Tapróbana en los confines de Oriente, en proximidad al Paraíso. A partir del siglo XIII se producen los grandes viajes hacia Asia por parte de Marco Polo, Odorico de Pordenome y especialmente, Jean de Marignolli, que produce una bibliografía, a veces fantástica, como *Los viajes de Sir John Mandeville*, que en el cap. 34 hace una descripción muy fantástica, empezando por situar la isla en las tierras del Preste Juan, con grandes montañas de oro guardadas celosamente por hormigas (cf. la edición reciente de esta obra por parte de A. Pinto, 2001: 306-310). Esta obra pone a Tapróbana también en relación con el Paraíso y, como sabemos, la búsqueda de éste fue uno de los motores que impulsaron a Colón a sus descubrimientos, razón por la cual Tapróbana tiene mucha relación con el genovés, muy bien estudiada por J. Gil (1989, vol. 1), quien afirma convencido sobre nuestro tema: “Tengo el convencimiento, en efecto, de que para Colón la isla de Cipango no sólo era Ofir y Tarsis, sino también la Taprobána clásica” (p. 127). En *El libro de Marco Polo* (cf. ed. de J. Gil, Madrid, 1992), por su parte, se dice que Adán estaba enterrado en la cima de una montaña, llamada Serendib, de Tapróbana, donde se encontraban dientes, pelos y una huella del pie de Adán en una roca. En el siglo XVII, cuando los eruditos tenían ya localizada a la Tapróbana real de la que habían hablado los autores clásicos, Tomás Campanella (1568-1639) desarrolla en ella su famosa utopía *Ciudad del Sol* (1602), que es precisamente el nombre de la capital de la isla (cf. M. Martínez, 2010: 24). Respecto a la identificación de nuestra isla, salvo algún autor aislado que ha supuesto que se trataría de Sumatra, la inmensa mayoría de estudiosos la identifican con la actual Sri Lanka, que en el pasado ha tenido otras muchas denominaciones, como Serendip, Palaesimundum, Parasamudra (que significaría en sánscrito “más allá del océano”), Zeilon, Zaylan, Seylan, Ceylan, Ceilán, etc., cuestión que ha estudiado exhaustivamente A. Sorrentino (1980). Parece ser que la forma griega *Taprobáne* derivaría de la palabra pali *Tambapanni*, que fue el nombre que le dieron a la isla los colonos procedentes de la India, a través del sánscrito *Tamraparni* (cf. A. Abeydeera, 1989: 10-11). Terminamos nuestra exposición de Tapróbana con la cita del gran poema épico del portugués Luis de Camões (1524-1580), *Os Lusíadas* (1572), publicado sólo tres años después del regreso del autor por Oriente, quien la menciona en la primera estrofa de su famosa epopeya:



As armas e os barões assinalados,
Que da ocidental praia Lusitana,
Por mares nunca de antes navegados,
Passaram ainda além da Taprobana,
Em perigos e guerras esforçados,
Mais do que prometia a força humana,
E entre gente remota edificaram
Novo Reino, que tanto sublimaram.

Además de la bibliografía ya citada, quisiéramos recomendar aquí también la excelente síntesis sobre Taprobana que hace Margarita Vallejo en su trabajo “Islas Magnificas”, en Gómez Espelosín (1994: 329-332).

Pátala. Es una isla que menciona Plinio (*Historia Natural*, VI, 80) en las proximidades de Taprobana, Crise y Argire. De ella dice escuetamente: “Pero antes están otras islas: Pátala, de la que dimos razón en las mismas gargantas del Indo, con forma triangular y doscientos veinte mil pasos de achura”. También cita esta isla Estrabón (*Geografía*, XV, 1, 33), quien, a su vez, habla de la dimensión de la isla con cifras diferentes aportadas por autores griegos como Aristobulo, Nearco y Onesícrito. No sabemos a qué isla real pudiera referirse.

Tilos. Es la isla que, entre otros autores, describe así Solino (52, 49):

Tilos es una isla de la India que produce palomas, cría olivos, posee abundantes viñas. Es la única que aventaja a todas las tierras por el siguiente prodigio: cualquier árbol que nazca en la isla jamás pierde las hojas.

El último dato prodigioso es el único en el que se fija Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, XIV, 6, 13) cuando dice “Tylos es una isla de la India que en todo tiempo muestra verdes las hojas”. En la misma idea insiste Pedro d’Ailly (*Imago Mundi*, I, 41) cuando afirma: “La isla de Tilos de la India, verdeante, en todas las épocas está cubierta de hojas”. Se piensa que Tilos corresponde al archipiélago de Bahreim, más cercano, por tanto, a Arabia que a la India.

OTROS MARES

6. Tras la relación de islas legendarias que hemos reseñado en párrafos anteriores, localizadas en los grandes Océanos Atlántico e Índico, nos resta reseñar unas pocas más ubicadas en mares menores como el Mediterráneo, el Mar Negro o el Mar del Norte.

6.1. En el mar Mediterráneo hay unas cuantas islas que consideramos legendarias. Como es bien sabido, este es el mar de Ulises por excelencia y las islas en las que va recabando en su periplo de regreso desde Troya a Ítaca han sido muy discutidas en cuanto a su identificación. Algunas de ellas las clasificamos en otras



categorías que no son las legendarias, como Esqueria y Siría (que para nosotros son “utópicas”), Eea y Ogigia (que a nuestro entender son “islas encantadas”), etc. Pero otras islas de este periplo odiseico tienen cabida en nuestra relación. En orden alfabético, como siempre, las islas legendarias del Mediterráneo que hemos seleccionado aquí son las siguientes:

Electrides. Etimológicamente significan “islas del ámbar”, nesónimo derivado de la palabra griega *élektron* “ámbar”, materia muy apreciada y buscada en la Antigüedad, con la que se fabricaban multitud de objetos, especialmente de adorno (cf. A. Mastrocinque, 1991). Hay dos lugares isleños a los que se concedía el origen de este valioso material: uno situado en el mar Adriático, unas islas llamadas *Electrides* y otro en el Mar del Norte, una isla llamada *Basileia* que describiremos más adelante. En lo que se refiere al Adriático, el origen del ámbar se asociaba a la leyenda de Faetón, hijo de Helios, y a sus hermanas, las Helíades, metamorfoseadas en álamos, cuyas lágrimas de dolor por la suerte sufrida por su hermano daría origen a las gotas de ámbar. Esto es, en síntesis, lo que se refiere en un texto asignado al llamado Pseudo-Aristóteles, *Relatos Maravillosos*, 81:

En las islas Electrides, que se encuentran en lo más profundo del Adriático, afirman que hay dos estatuas consagradas, una de estaño, la otra de bronce, trabajadas a la manera antigua. Se dice que son obra de Dédalo, recuerdo de los tiempos pasados, cuando huyendo de Mínos desde Sicilia y Creta fue a parar a aquellos lugares. Y se dice que estas islas fueron formadas por los aluviones del río Erídano. Y hay también una laguna, según parece, cerca del río, que tiene agua caliente; y el olor que destila es profundo y fétido y ningún animal bebe de ella ni ningún ave la sobrevuela, sino que cae y muere. Y tiene un contorno de doscientos estadios, y una extensión de casi diez. Los habitantes del lugar cuentan la leyenda de que Faetón tras ser herido por el rayo cayó en esta laguna. Y que en ella hay numerosos chopos de los que destila el llamado ámbar. Dicen que éste es parecido a una goma, y que se vuelve duro como si fuera una piedra, y que recogido por los habitantes locales es transportado hacia los griegos. Afirman que Dédalo llegó hasta estas islas y tras haberse apoderado de ellas consagró una estatua suya en una de ellas y de su hijo Ícaro en la otra. Cuando después arribaron los pelagosos junto a ellos en su huida desde Argos, Dédalo huyó y llegó a la isla de Ícaro (trad. de F. J. Gómez Espelosín).

Según este texto, las Electrides se forman por aluviones del río Erídano, sobre el que ya Heródoto (s. V a. C.), dudaba de su existencia y creía más bien que era una invención de los poetas: “por lo que a mí respecta, no admito la existencia de cierto río, llamado por los bárbaros Erídano, que desemboque en el mar del norte, río del que, según cuentan, procede el ámbar” (*Historias*, III, 115). Tampoco cree en la historia de Faetón y las lágrimas de sus hermanas Polibio (*Historias*, II, 16), quien la considera “materia de tragedia o especie análoga”. Igualmente no cree en la leyenda del origen del ámbar, tal como la cuenta el pasaje de Pseudo-Aristóteles, Estrabón (*Geografía*, V, 1, 9), quien considera que debe dejarse de lado la mayor parte de los relatos míticos o fabulosos como los de Faetón y las Helíades



y las islas Electrides, “situadas delante del Po”. Se atribuye, una vez más, a Timeo el origen de semejante leyenda, historiador siciliano del s. IV-III a. C. En cambio, ya Apolonio de Rodas (s. III a. C.) citaba en sus *Argonáuticas*, IV (505 y 580) una isla *Electris* que unas veces califica de “sagrada” y otras de “pedregosa” y la sitúa cerca del río Erídano. Para otros detalles sobre estas islas remitimos al libro de Gómez Espelósín (1994: 147-149).

Eolias. Literalmente son “las islas de Eolo”, el famoso rey de los vientos que cita Homero en la *Odisea* (X, 1-76), sobre cuya problemática ha dicho cosas muy interesantes E. Bradford (1980: 102-107). Sobre las cosas maravillosas que se encuentran en estas islas tenemos el siguiente pasaje también del Pseudo-Aristóteles (*Relatos Maravillosos*, 101):

En una de las siete islas llamadas de Eolo, la que se llama Lípara, cuenta la leyenda que hay una tumba, sobre la que cuentan otras muchas cosas maravillosas, y en concreto, que no es seguro acercarse a aquel lugar de noche, están todos de acuerdo; pues se escucha con claridad el sonido de tambores y címbalos y una risa con estrépito y el sonido de crótalos.

Sobre Eolo y sus islas tenemos también una interesante mención en la obra tardía de Dioniso Periegeta, *Descripción de la tierra habitada* (vv. 460-467):

Después de ella están en la mar las islas circulares de Eolo, de Eolo hijo de Hipotades, un rey amigo de los extranjeros, de Eolo que entre los hombres recibió como parte admirables regalos, la realeza de los vientos cuando se desencadenan y cuando están en reposo. Son siete y son llamados por los hombres los Navegables, a causa de que permiten una navegación que discurre en torno a ellos.

A las islas Eolias le dedica unas palabras también Pedro d’ Ailly (*Imago Mundi*, I, 45): “Las islas eolias de Sicilia se llaman así por el rey Eolo, del que los poetas dicen que fue el rey de los vientos. Pero, como sostiene Varrón, fue gobernante de estas islas. Y dado que a partir de las nubes y el humo que despedían estas islas predecía el soplo de los vientos, los profanos creyeron que podría retener a los vientos con su poder. A estas mismas islas se las llama Vulcanias, porque arden como el Etna”. Según parecer casi unánime las Eolias serían las islas de Lípara, al norte de Sicilia, aunque algunos han propuesto la también isla Siciliana Ustica.

Incusa. En el Pseudo-Aristóteles (*Relatos Maravillosos*, 100) se cuenta una leyenda sobre la isla de Cerdeña relacionada con Yolao, el hijo de Ificles, y Heracles, terminando el relato con estas palabras: “Y esta isla fue llamada, según parece, primero Incusa a causa de que tenía forma muy parecida al contorno de una huella humana”. En griego *ichnos*, de donde vendría el nombre Incusa, significa “huella”. La leyenda de Heracles y la isla Cerdeña la narra por extenso Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, IV, 29.



Isla de Diomedes. En la literatura griega hay una larga tradición sobre unas islas en el Adriático consagradas a Diomedes, famoso héroe de la guerra de Troya. Autores como Íbico, Píndaro, Artemidoro, Estrabón, entre otros, se hacen eco de esta noticia, que debe encuadrarse en el tema de la traslación al mundo occidental, de mitos y tradiciones relacionados con la guerra de Troya, “con el fin de dotar a esta parte del orbe de un elenco legendario del que carecía a causa de su relativa juventud respecto a la parte más oriental del helenismo” (cf. Gómez Espelosín, 1994: 145). Sobre la presencia de Diomedes en la isla a él consagrada tenemos el siguiente texto del Pseudo-Aristóteles (*Relatos Maravillosos*, 79):

Afirman que en la isla de Diomedes, que está situada en el Adriático, existe un santuario de Diomedes sorprendente y sagrado, y que alrededor del santuario se aposentan en círculo unas aves de gran tamaño que tienen picos grandes y duros. Dicen que éstas, si los griegos desembarcan en este lugar, se mantienen tranquilas, pero sin son algunos de los bárbaros de las proximidades, levantan el vuelo y lanzándose desde el aire se precipitan con fuerza sobre sus cabezas, y tras herirlos con sus picos los matan. Y se cuenta la leyenda de que éstas nacieron de los compañeros de Diomedes, cuando naufragaron en la isla, y Diomedes fue muerto con engaños por Dauno que era entonces rey de aquellas regiones.

Hablando también del Adriático, Estrabón (*Geografía*, v, 1, 9) dice expresamente: “Testimonio del dominio de Diomedes sobre esta mar son tanto las ‘Islas de Diomedes’ como la historia de los daunios y de Argos Hipio”. Sobre las famosas aves de Diomedes que se citan en el Pseudo-Aristóteles, Plinio (*Historia Natural*, x, 126) cuenta muchos detalles y termina con estas palabras: “Estas aves se pueden ver en un único lugar del mundo entero: en la isla que hemos dicho que es famosa por la tumba y el templo de Diomedes, frente a la costa de Apulia” (trad. de L. A. Fernández). Otra referencia a nuestra isla la tenemos en Dionisio Periegeta (*Descripción*, 480 y ss.) en los siguientes términos: “Pero cuando en el camino izquierdo del mar Adriático penetres en una nave, hacia la tierra de Yapigia, pronto encontrarás la isla del valiente Diomedes, donde llegó el héroe, tras haberse encolerizado Afrodita, cuando emigraba hacia el pueblo de los iberos vivamente deseados”. Se piensa que estas islas pueden ser las islas Tremiti, en la costa italiana del Adriático, próximas al cabo Gargano. Para la problemática de esta isla cf. Gómez Espelosín, 1994: 145-147. En nuestro artículo (de 1997: 34) calificamos a esta isla de “mítica”, según el concepto que de esta clase de islas manejamos en su momento.

Isla de los lotófagos. Etimológicamente es la “isla de los comedores de loto”, una hierba o planta de características alucinógenas que se cita también en la *Odisea* (ix, 82-104), donde los lotófagos son un pueblo que acogió hospitalariamente a Ulises y sus compañeros, dándoles a comer el fruto del que se alimentaban: el fruto del loto, que hacía perder la memoria. Este episodio lo comenta muy bien E. Bradford (1989: 64-78). Existe una opinión muy extendida de que la isla en cuestión estaría en la costa de la antigua Cirenaica, concretamente en la isla tunecina de Djerba, cuya historia ha trazado magistralmente K. Tmarzizet (1997), quien en

las páginas 34 y ss. de su libro ofrece muchos argumentos para identificar la isla odiseica con la actual Djerba.

Isla de las Sirenas. Otra isla que se remonta al poema homérico de la *Odisea* (X, 1-200 y XII, 44 y ss.), episodio que analiza muy bien, desde el punto de vista de la ubicación de esta isla, E. Bradford (1989: 158-164). Al parecer el nombre de la isla aparece ya en un fragmento de Hesiodo, quien la denomina Antemusa y la califica de “bella” (cf. Gómez Espelosín, 1994: 130). Nombre similar se encuentra en Apolonio de Rodas (*Argonáuticas*, 891-895), quien dice de ella lo siguiente:

Un viento bonancible le llevaba la nave. Y enseguida avistaron la hermosa isla Antemóesa, donde las armoniosas Sirenas, hijas de Aqueloo, hacían perecer con el hechizo de sus dulces cantos a cualquiera que cerca echara amarras (trad. de M. Valverde).

Este nombre de la isla que aparece aquí significa “Florida”, en base a que en la *Odisea*, XII, 159 se dice que las Sirenas ocupan “un prado florido” en su isla. En otros autores las islas reciben el nombre de Sirenas, como en el Pseudo-Aristóteles (*Relatos Maravillosos*, 103):

Afirman que las islas Sirenas se hallan en Italia junto al estrecho junto al mismo promontorio, [el que se encuentra delante de] la región que sobresale y divide los golfos, uno el que rodea Cumas y otro el que divide la que llaman Posidonia; en el cual se ha erigido un templo de ellas y que son veneradas desmesuradamente por quienes habitan en los alrededores con sacrificios cuidadosos; recordando sus nombres llaman a una Parténope, a la otra Leucosía y a la tercera Ligia.

Otro autor que las menciona es Estrabón (*Geografía*, I, 2, 12), quien a propósito de la andadura de Ulises y sus leyendas cuenta lo siguiente:

En el caso de las sirenas, sin ir más lejos, unos las asientan en el Cabo Peloriade y otros en las Sirenas, que distan de allí más de dos mil estadios; y afirman que son un escollo de tres picos que separa los golfos de Cumas y Posidonia. Pero ni dicho escollo es de tres picos, ni apunta plenamente hacia lo alto, sino que desde los territorios de Sorrento hacia el Estrecho de Capria sobresale una especie de recodo largo y estrecho, que tiene tras una parte, en la ladera, el templo de las sirenas y, por otra, a lo largo del Golfo de Posidonia, tres islotes desiertos y pedregosos situados frente a la costa, a los que llaman Sirenas; y en el propio estrecho está el Ateneo, con cuya denominación coincide también dicho recodo (trad. de J. L. García Ramón).

Se piensa que la isla o islas de las Sirenas se identifican con tres islotes que flanqueaban la península de Sorrento, frente a la isla de Capri, aunque otra tradición las sitúa más al sur, junto al estrecho de Mesina en el cabo Peloro. Para detalles de esta isla remitimos, una vez más, al libro de Gómez Espelosín (1994: 129-130).



6.2. En el Mar Negro debemos referirnos a una isla legendaria muy famosa por su relación con el destino de Aquiles después de muerto: la isla *Blanca*. Este destino de Aquiles aparece ya en la *Etiópida*, un poema del ciclo épico arcaico, hoy perdido. En nuestro trabajo (de 1997: 34) colocamos a esta isla entre las “islas míticas”, pero creemos hoy que mejor conviene incluirlas entre las legendarias, dado que se trata de una isla real, aunque de difícil localización, como veremos más adelante. Desde luego, por lo que nos cuenta Filóstrato (s. II-III d. C.) en su *Heroico*, 54 nuestra isla sería mítica. En este pasaje Filóstrato nos cuenta la historia de los amores de Aquiles y Helena, “que son los primeros que sin haberse visto antes —ella estaba en Egipto y él en Troya— se sintieron impulsados a amarse mutuamente”. Como no tenían ninguna tierra para su vida inmortal, Tetis le suplicó a Posidón “que sacara del mar una isla donde pudieran vivir”. Por esta razón, hizo surgir la isla Blanca para que la habitaran “y para que los marineros pudieran hacer un alto en la travesía, resguardados del mar”. Luego, sigue diciendo Filóstrato que en esa isla viven unos pájaros blancos que son aves de agua que huelen a mar y que Aquiles los tiene a su servicio para que mantengan fresca la isla. Los geógrafos, en cambio, hablan de nuestra isla como una auténtica isla real, con su extensión y situación, como es el caso de Estrabón (*Geografía*, II, 5, 22), quien dice que en la desembocadura del Borístenes “se encuentra la isla Blanca, cuya parte oriental es alargada”, con cinco mil estadios de largo y tres mil de ancho. Pausanias (*Descripción de Grecia*, III, 19.12) la denomina *Leuce*, que significa precisamente “blanca”, y dice que a esta isla fue también Ayante a curarse una herida. Dionisio Periegeta (*Descripción*, vv. 540-548) hace una mezcla de mito y realidad al hablar de nuestra isla:

Y también a la izquierda por encima del paso del Euxino, enfrente del Borístenes, en el mar se encuentra la isla muy renombrada de los héroes; le dan como sobrenombre Blanca, a causa de que las bestias venenosas que hay allí son blancas; allí también, dice la leyenda, las almas de Aquiles y de los demás héroes andan errantes por valles desiertos; este regalo de Zeus acompaña a los mejores como premio de su excelencia, pues la excelencia obtuvo como parte un honor incalculado.

Sobre las famosas aves de esta isla ya se había pronunciado también en el s. III a. C. el paradoxógrafo Antígono de Caristo, que en su obra (§ 122) dice textualmente: “También se cuenta sobre la isla Blanca que ningún ave puede sobrevolar el santuario de Aquiles” (cf. Gómez Espelosín, 196: 95). Respecto a la identificación de la isla Blanca es mayoritaria la opinión de que se trata de una isla en la desembocadura del Danubio, concretamente de la isla Zmejnyj. En todo caso, su localización en el Mar Negro es una constante, bien en las bocas del Danubio o en el estuario del Dnieper (cf. Gómez Espelosín, 1994: 142-144, que ofrece la mejor síntesis sobre nuestra isla).

6.3. La última de nuestras islas legendarias está localizada en el Mar del Norte, se llama *Basileia* (*Basilea*) y tiene mucha relación con la historia del ámbar que vimos en el caso de las *Electrides*. La referencia más exacta a esa isla es la que tenemos en Diodoro de Sicilia (*Biblioteca Histórica*, v, 23), donde después de aludir a

nuestra isla, dice que lo que se cuenta de la leyenda de Faetonte y sus hermanas son “historias absolutamente increíbles”:

Respecto al estaño nos contentaremos pues con lo dicho, y ahora nos referiremos al llamado electro. Enfrente de la parte de Escitia que está al norte de la Galia, en medio del océano, hay una isla que se llama Basilea. El oleaje arroja en sus costas gran cantidad del llamado electro, que no aparece en ningún otro lugar de la tierra habitada. Muchos escritores antiguos han contado historias absolutamente increíbles sobre el electro, historias que han sido desmentidas por los hechos.

Una ubicación de las islas del ámbar por el Mar del Norte, aunque con el nombre de *Elétridas*, las cita también Plinio (*Historia Natural*, IV, 103) cuando dice: “y enfrente, esparcidas por el mar Germánico [Mar del Norte], las Glesias, que los griegos más modernos han denominado Eléctridas, porque en ellas se produce el electro, según ellos”. En otro pasaje del mismo Plinio (*id.*, IV, 95) se mencionan otros nombres que se supone corresponde a la misma isla: “Jenofonte de Lápsaco cuenta que a tres días de navegación de la costa de los escitas se halla la isla de Balcia, de una enorme extensión. Piteas la llama Basilia”. Por otra parte, sobre el ámbar y sus posibles orígenes vuelve a referirse Plinio (*id.*, XXXVII, 31-38), quien en unos extensos capítulos los reduce a tres: de origen vegetal (a partir de diferentes árboles), de origen animal (como de la orina del lince solidificada, origen que comparte también Eliano en su *Historia de los animales*, IV, 46) y de origen inorgánico. Platón, en su mito de la Atlántida (*Critias*, 116 y ss.), habla también de una isla Basileia, isla rocosa, compuesta de rocas de color blanco, negro y rojo, de donde los atlantes extraían el oricalco y el ámbar (*cf.* J. Spanuth, 1985: 59 y ss.). Siempre se ha identificado Basileia con Helgoland, isla de Alemania, en el Mar del Norte. Otros hablan de Zelanda, isla del Mar Báltico, próxima a las islas de la actual Estonia o Lituania, o incluso en las costas meridionales de Escandinavia.

7. Independientemente de cómo haya que definir lo que es una isla (lo último sobre tan espínosa cuestión lo ha escrito la cretense K. Kopaka, 2009), lo cierto es que hay muchos tipos diferenciados unos de otros. En nuestra colaboración hemos abordado lo referente a las definidas por nosotros como “islas legendarias”, muchas veces no fáciles de distinguir de las llamadas “utópicas” o “míticas”. En cualquier caso, lo evidente tras nuestra larga colaboración, es que “las islas siempre han fascinado a la mente humana” (*cf.* R. L. Carson, *The Sea around us*) y posiblemente sea la respuesta instintiva del hombre que da la bienvenida a un trozo de tierra en medio del vasto y extenso mar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABEYDEERA, A. (1989): “Aspects mythiques de la cartographie de Ceylan de l’Antiquité à la Renaissance”, en F. MOUREAU (coord.), *L’île, territoire mytique*, París, pp. 9-17.
- ALONSO-NÚÑEZ, J. M. (1990-91): “Las Cassitérides en Estrabón”, en *BAur* XX-XXI: 201-203.

- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1945): "Las 'Islas Afortunadas' en Plinio", en *Revista de Historia* 69: 26-61.
- AMIOTTI, G. (1987): "Cerne: ultima terra", en M. SORDI (ed.), *Il confine nel mondo classico*, Milán, pp. 43-49.
- ANTELO IGLESIAS, A. (1993): "El Atlántico en la historia y la leyenda", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, 6, pp. 573-586.
- ARIOLI, A. (1992): *Islario Maravilloso. Periplo árabe medieval*, Madrid.
- AVEZAC (1845): *Les îles fantastiques de l'Océan occidental au Moyen-Âge*, París.
- BABCOCK, W. H. (1922): *Legendary Islands of the Atlantic*, Nueva York.
- BELLO JIMÉNEZ, V. M. (2005): *Allende las Columnas. La presencia cartaginesa en el Atlántico entre los siglos VI y III a. C.*, Las Palmas de Gran Canaria.
- BIANCHETTI, S. (1989): "Isole africane nella tradizione romana", en *Atti del VI Convegno di studio, Sassari*, pp. 235-247.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1992): *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, ed. Cátedra, Madrid.
- (2004): "La explotación de la púrpura en las costas atlánticas de Mauritania Tingitana y Canarias. Nuevas aportaciones", en *Anuario de Estudios Atlánticos*, 50: 689-704.
- BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA, A. (1915): "Las Casitérides y el comercio del estaño en la Antigüedad", en *Boletín de la Real Academia de la Historia* 67: 164-187, 496-507 y 579-592.
- BOIVIN, J. M. (1993): *L'Irlande au Moyen Âge*, París.
- BORGES, P. (1998): "Imaginario mítico-metafísico do Oceano e do extremo occidente atlántico, en *Revista da Faculdade de Letras* (Lisboa) 23: 37-67.
- BRADFORD, E. (1989): *En busca de Ulises*, Barcelona.
- BURGOS ARRIBAS, I. (2006): "Hércules en España", en *Historia de Iberia Vieja*, 12, Madrid.
- BUTEL, P. (1997): *Histoire de l'Atlantique de l'Antiquité à nos jours*, Perrin.
- CALDERÓN FELICES, J. (2001): *Avieno. Fenómenos. Descripción del Orbe terrestre. Costas marinas*, ed. Gredos, Madrid.
- CARACI, I. L. (1989): "Cassiteridi, Gorgadi e Esperidi dopo la Scoperta dell'America", en *Actas do II Coloquio Internacional de História da Madeira*, Funchal, pp. 913-924.
- CORNIDE, J. (1790): *Las Casiterides e islas del estaño restituidas a los mares de Galicia*, Madrid.
- D'AILLY, P. (1990): *Imago Mundi*, trad. de A. RAMÍREZ DE VERGER, Madrid.
- DE ANNA, L. G. (1998): *Thule: le fonti e le tradizioni*, Rimini.
- DE P. CASSIDY, V. H. (1963): "The Voyage of an Island", *Speculum* 38: 594-602.
- DÉSANGES, J. (1999): *Toujours Afrique apporte fait nouveau. Scripta minora*, París.
- DETIENNE, M. (1997): "La isla de las mujeres", en su libro *Dioniso a cielo abierto*, ed. Gedisa, Barcelona, pp. 85-111.
- DÍAZ Y DÍAZ, M. C. (1985): *Visiones del Más Allá en Galicia durante la Alta Edad Media*, Santiago de Compostela.
- DION, R. (1952): "Le problème des Cassitérides", *Latomus* 11: 306-14.
- DORIA, A. (1977): "A Descoberta do Atlântico", *Bracara Augusta* 71-72: 391-434.
- DOZY, R. - GOEJE, M. J. DE (1866): *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi*, Leiden.

- DREYER-EINBEKE, O. (1990): "Mythische und imaginäre Inseln des Atlantiks im Kartenbild", en *Mitteilungen der geographischen Gesellschaft in Hamburg* 80: 651-81.
- FABRE, P. (1992): "Les Grecs à la découverte de l'Atlantique", en *REA* 94: 11-21.
- FERRER ALBELDA, E. (2005): "Los Púnicos de Occidente y el Atlántico", en *Fortunatae Insulae*, Sta. Cruz de Tenerife, pp. 39-47.
- FUSON, R. H. (1995): *Legendary Islands of the Ocean Sea*, Saraseta.
- GAFFAREL, P. (1883): "Les îles fantastiques de l'Atlantique au Moyen-Âge", en *Bulletin de la Société Géographique de Lyon*, IV: 431-444.
- GAMBIN, M. Y. (1989): "L'île Taprobane: Problème de Cartographie dans l'Océan Indien", en M. PELLETIER (ed.), *Géographie du Monde au Moyen Âge et à la Renaissance*, París, pp. 191-200.
- GARCÍA GARCÍA, A. (2009): *Juba II y las Islas Canarias*, ed. Idea, Tenerife.
- GARCÍA MORENO, L. A. - GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (1996): *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, ed. Alianza, Madrid.
- GARCÍA TALAVERA, F. (2009): "Purpurarias y Afortunadas. La Macaronesia central en la Antigüedad", *XL Aniversario del Institutum Canarium*, Las Palmas de Gran Canaria. Artículo consultado en internet.
- GARCÍA-BELLIDO, A. (1942): *Fenicios y carthagineses en Occidente*, Madrid.
- (1953): *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*, Madrid.
- (1967): *Las Islas Atlánticas en el Mundo Antiguo*, Las Palmas de Gran Canaria.
- (1977): *Veinticinco estampas de la España antigua*, Madrid.
- GIL, J. (1989): *Mitos y utopías del Descubrimiento*, ed. Alianza, vol. I y II, Madrid.
- (1995): "Las islas de la India", *Cuadernos del Cemyr* 3: 157-76.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (1992): "Eudoxo de Cízico o el cuento del lobo", en *Polis* 4: 143-155.
- (1996): *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, ed. Gredos, Madrid.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. Y OTROS (1994): *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Universidad de Alcalá.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. Y OTROS (eds.) (1995): *La imagen de España en la Antigüedad Clásica*, Madrid.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. Y OTROS (2000): *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la Antigua Grecia*, ed. Akal, Madrid.
- GONZÁLEZ MARRERO, J. A. (2010): "Las islas atlánticas en el *Liber de mensura Orbis Terrae* del monje geógrafo irlandés Dicuil del siglo IX", en *Anuario de Estudios Atlánticos* 56: 71-89.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J. (2005): "Tradición literaria y conocimiento científico. Los *Periplos* en el extremo de Occidente", en *Fortunatae Insulae*, Sta. Cruz de Tenerife, pp. 61-70.
- (2009): *Periplógrafos griegos I. Épocas Arcaica y Clásica. Periplos de Hanón y autores de los siglos VI y V a. C.*, Zaragoza.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (1993): "Los mitos griegos del África atlántica", *AEA* 39: 373-400.
- (1997): *Economía de la Mauritania Tingitana*, Ceuta.
- (2000): "Más allá de Cerné", en *Eres* 9: 9-42.
- (2007): "Las islas atlánticas de la púrpura (Plinio, *NH* VI, 201). Un estado de la cuestión", *AEA* 53: 273-96.



- GUICHARD, P. (1995): "L'islair arabe médiéval dans la Méditerranée et dans l'Atlantique", en *Cemyr* 3: 199-207.
- HENNIG, R. (1925): *Von rätselhaften Ländern*, Munich.
- (1934): "Zur Frage der Zinninseln", en *RM* 85: 162 y ss.
- (1936): "Atlantische Fabelinseln und Entdeckung Amerikas", *Historische Zeitschrift* 153: 461-500.
- (1940): "Die atlantische Salzinseln der arabischen mittel alterlichen Geographen", *Islam* 26: 58-63.
- HOZ, J. DE (1989): Las fuentes escritas sobre Tartessos", en M^a E. AUBET Y OTROS (eds.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp. 25-43.
- JACOB, CH. (1991): "Aux confins de l'humanité: peuples et paysages africains dans le Périples d'Hannon", *Cahiers d'Études Africaines*, 121-122: 9-27.
- JODIN, A (1967): *Les établissements du roi Juba II aux Îles Purpuraires (Mogador)*, Tânger.
- KOCH, J. T. (1986): "New Thoughts on Albion, Ierne, and the pretanic Isles", en *Proceedings of the Harvard Celtic Colloquium*, VI: 3-23.
- KOPAKA, K. (2009): "What is an Island? Concepts, meanings and polysemies of insular *topoi* in Greek Sources", en *European Journal of Archaeology* 11: 179-197.
- LAFRANQUE, M. (1963): "Poseidonios, Eudoxe de Cízique et la circumnavigation de l'Atlantique", en *Revue Philosophique*, pp. 199-213.
- LECOQ, D. (1993): "Les îles aux confins du monde", en *Île des merveilles. Mirage, miroir, mythe*, Paris, pp. 13-32.
- (1997): "Îles du dedans, îles du dehors. Les îles médiévales entre le réel et l'imaginaire (VII^{ème} - XIII^{ème} siècles)", en M. PELLETIER, *Les Îles du mythe à la réalité*, Paris, pp. 17-51.
- LOMAS SALMONTE, F. J. (2005): *Historia de Cádiz*, Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F. (1987): *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a posesión periférica romana*, Madrid.
- LUNDE, P. (1992): "Pillars of Hercules, Sea of Darkness", *Saudi Aramco World*, 43. Artículo consultado en internet.
- MANFREDI, V. (1993): *Le Isole Fortunate*, Roma (trad. española: *Las islas Afortunadas*, Madrid, 1997).
- MANGAS, J. - PLÁCIDO, D. (eds.) (1994): *Avieno. Ora Maritima*, Madrid.
- MANGUEL, A. - GUADALUPI, G. (1992): *Guía de lugares imaginarios*, Madrid.
- MARTÍN ACOSTA, E. (2006): "Las islas: el mito que guió a Colón", en *XVII Coloquio de Historia Canaria-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 557-571.
- MARTÍNEZ, M. (1992): *Canarias en la Mitología*, Tenerife.
- (1994): "Las islas poéticas en la literatura grecolatina antigua y medieval", en *Charis Didaskalias. Homenaje a Luis Gil*, Universidad Complutense de Madrid, pp. 431-449.
- (1995): "Los universos insulares: Presentación", en *Cuadernos del Cemyr* 3: 11-16.
- (1997): "Islas míticas", en F. DIEZ DE VELASCO - M. MARTÍNEZ - A. TEJERA (eds.), *Realidad y mito*, ed. Clásicas, Madrid, pp. 19-43.
- (1998-99): "Nesología", en *Philológica Canariensis* 4-5: 476-496.
- (2004a): "Islas fantásticas: antigüedad y modernidad", en G. FERNÁNDEZ ARIZA (coord.), *Literatura hispanoamericana del siglo XX: Imaginación y fantasía*, Universidad de Málaga, pp. 29-71.



- (2004b): “La isla Brasil y otras islas fantasma” en *Actas del Congreso Internacional IV Centenario de Anchieta*, Tenerife, pp. 621-652.
- (2010): “Islas utópicas”, en *La Página* 88: 3-41.
- MARTINS, R. P. (1998): *As Ilhas Míticas do Atlântico*, publicado sólo en internet.
- MASSA, F. (ed.) (2001): *Les Îles Atlantiques: Realités et Imaginaire*, Rennes.
- MASTROCINQUE, A. (1991): *L'Ambra e l'Eridano. Studi sulla letteratura e sul commercio dell' ambra in età preromana*, Padua.
- MATESANZ GASCÓN, R. (2002): “¿Dónde está la mitología fenicia? Al-Idrisi y los Aventureros de Lisboa”, en *Gerión* 20: 75-111 y 22: 7-29.
- MAUNY, R. (1970): “Le périple d'Hanon. Un faux célèbre concernant les navigations antiques”, *Archeologia* 37: 77-80.
- (1974-5): “L'île de Herné (Golfe du Rio de Oro) et l'identification de l'île de Cerné des Anciens”, *Almogaren* v-vi: 328-331.
- MILLÁN LEÓN, J. (1998): *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a. C. - 500 d. C.)*, Écija.
- MONTEAGUDO, L. (1950): “Casiterides”, en *Emerita* 18: 1-17.
- (1953): “Oestrymnides y Cassiterides en Galicia”, en *Emerita* 21: 241-248.
- (1957): “Carta de Coruña Romana”, *Emerita* 25, p. 14 y ss.
- MONTESDEOCA MEDINA, J. M. (2000): *Los islarios de la época del Humanismo: el 'De Insulis' de Domenico Silvestri*, Tesis. Universidad de La Laguna.
- MUND-DOPCHIE, M. (1988): “Les humanistes face aux ‘Gorilles’ d'Hannon”, en *Prose et prosateurs de la Renaissance (Mélanges R. Aulotte)*, París, pp. 331-341.
- (1995a): *La fortune du Periple d'Hanon à la Renaissance et au XVII^{me} siècle*, Namur.
- (1995b): “L'ultima Thule dans l'imaginaire occidental. Les métamorphoses d'une île réelle en un pays fabuleux”, en *Cuadernos del Cemyr* 3: 119-37.
- (2009): *Ultima Thule. Histoire d'un lieu et genèse d'un mythe*, Ginebra.
- ORIA SEGURA, M. (2005): “Más allá de las columnas de Heracles. El acercamiento del mundo atlántico al mediterráneo en la mitología clásica”, en *Fortunatae Insulae*, Sta. Cruz de Tenerife, pp. 25-36.
- ORLANDI, G. (1987): “L'esplorazione dell'Atlantico nell'alto Medioevo”, en *Columbeis*, 2, pp. 106-116.
- PAJAUD, D. - LORENZ, J. (2002): “Les îles dans l'imaginaire de l'homme: fondement géologique”, en M. PELLETIER, *Les Îles du mythe à la réalité*, París, pp. 81-86.
- PANCORBO, L. (2006): “Hanón y la isla de los gorilas”, en *Sociedad Geográfica Española* 26: 34-39.
- PINTO, A. (ed.) (2001): *Los viajes de Sir John Mandeville*, ed. Cátedra, Madrid.
- PLÁCIDO, D. (2009): “Las Islas Casitérides, en los límites de la realidad”, en *Studia Historica. Historia Antigua* 27: 49-56.
- QUINN, D. B. (1989): “Atlantic Islands”, en J. DE COUREY (ed.), *Atlantic Visions*, Dublin, pp. 77-93.
- RAMIN, J. (1974): “Ultima Cerne”, en *Mélanges-R. Dion*, París, pp. 439-449.
- (1976): “Le périple d'Hannon”, *Latomus* 35: 791-804.
- REYES, A. (1960): *Última Tule*, México.

- SÁNCHEZ, J. P. (1996): *Mythes et légendes de la conquête de l'Amérique*, P. U. de Rennes.
- SANTANA, A. Y OTROS (2002): *El conocimiento geográfico de la costa noroccidental de África en Plinio: la posición de Canarias*, Hildesheim.
- SANTANA, A. - ARCOS, T. (2002): "El conocimiento del Océano en la Antigüedad", en *Eres* 10: 9-59.
- (2005): "Canarias en la *Historia Naturalis* de Plinio el Viejo", en *Fortunatae Insulae*, Sta. Cruz de Tenerife, pp. 73-82.
- (2006): "Las dos islas Hespérides atlánticas (Lanzarote y Fuerteventura, Islas Canarias, España) durante la Antigüedad: del mito a la realidad", en *Gerión* 24: 85-110.
- SANTANA HENRÍQUEZ, G. (1997): "El mito griego de Océano y las islas del Atlántico", en *História das Ilhas Atlânticas*, vol. II, Madeira, pp. 199-218.
- SCHMITT, PH. (1968): "Connaissance des Îles Canaries dans l'Antiquité", *Latomus* 27: 362-391.
- SCHOO, J. (1938-9): "Herakles in fernen Western der alter Welt", en *Mnemosyne* 7: 5-22.
- SENAC, R. (1966): "Le périple du Carthaginois Hannon", en *Lettres d'Humanité* 25: 510-538.
- SORRENTINO, A. (1980): "Su alcuni nomi di Ceylon", en *AION* 2: 187-94.
- SPANUTH, J. (1985): *La Atlántida (en busca del continente desaparecido)*, ed. Orbis, Barcelona.
- SUÁREZ PIÑEIRO, A. M. (2002): "Galicia, ¿en la *Ora Maritima* de R. F. Avieno?", en *Cuadernos de Estudios Gallegos* 115: 9-26.
- THEVENIN, R. (1952): *Los países legendarios ante la Ciencia*, Barcelona.
- TMARZIZET, K. (1997): *Djerba. L'île des rêves*, Túnez.
- UBIETO ARTETA, A. (1974): *Idrisi. Geografía de España*, Valencia.
- VAN DUZER, C. (2006): "From Odysseus to Robinson Crusoe: A Survey of Early Western Island Literature", en *Island Studies Journal* 1: 143-162.
- (2008a): "The Voyage of Trezenzonio to the Great Island of Solstice: English Translation and Commentary", *Folklore* 119: 335-345.
- (2008b): "The History of the Azores as *Insulae solis* or Islands of the Sun in 16th. Century Cartography", *Terrae Incognitae* 40: 29-46.
- WAGNER, C. G. (2000): *Cartago. Una ciudad. Dos leyendas*, Madrid.
- YARZA LUACES, J. (1995): "La isla: metáfora e imagen visual", en *Cuadernos del Cemyr* 3: 59-92.

